

# Democracia de largo recorrido

SAMUEL P. HUNTINGTON

Voy a empezar con una reminiscencia personal.

La última vez que estuve en Taipei fue en enero de 1989 para participar en una conferencia patrocinada conjuntamente por el Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional Chengchi y el Harvard Center for International Affairs. El tema de la conferencia era el cambio político en Taiwan. En aquella época, a consecuencia del liderazgo del presidente Lee Tenghui, el proceso de cambio político ya estaba en marcha y se estaba convirtiendo en un proceso de democratización. Se había revocado la ley marcial; se había formado el Partido Democrático Progresista (PDP); la competencia electoral se estaba expandiendo; los debates legislativos habían adquirido fuerza; la censura de la prensa estaba de salida; se estaban organizando movimientos y grupos sociales con exigencias y protestas. La propia conferencia era también una pequeña parte de este proceso, como la primera reunión pública en la que participaban juntos funcionarios tanto del KMT como del PDP.

Los cambios que tenían lugar en Taipei hace seis años eran parte de la tercera y vasta ola de democratización que había empezado hacía quince años en el sur de Europa y que después se desplazó a América Latina y Asia. En 1989 esta ola estaba en pleno apogeo y llegó a su cresta a fines de aquel año con el derrumbe de los regímenes comunistas en Europa Central y del Este, al que siguió la desintegración de la Unión Soviética.

Estos acontecimientos generaron una exaltada oleada de euforia. Se creía que estaba en camino una revolución democrática global, que la democracia liberal estaba destinada a triunfar pronto y globalmente en todas partes, que la historia estaba llegando a su fin y que, como dijo Frank Fukuyama, tal vez nos estuviéramos acercando "al punto final de la evolución ideológica del hombre y a la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano." Expectativas igualmente eufóricas habían hecho su aparición al final de otros conflictos importantes de este siglo. De la Primera Guerra Mundial se creyó que era la "guerra para acabar con todas las guerras" y la guerra para que el mundo fuera seguro para la democracia. La Segunda Guerra Mundial, como dijo Franklin Roosevelt, iba a "acabar con el sistema de acción unilateral, las alianzas exclusivas, los equilibrios de poder y todos los otros recursos que se han intentado durante siglos y que siempre han fracasado." En cambio, íbamos a tener "una organización universal" de "naciones amantes de la paz" y los comienzos de una "estructura de paz permanente...". No obstante, la Primera Guerra generó comunismo, fascismo y la inversión de la primera ola de democratización con un siglo de duración. La Segunda Guerra produjo una guerra fría que fue auténticamente global.

Ahora, seis años después del derrumbe del comunismo europeo, nuestro momento de euforia ha pasado y nosotros también estamos más tristes pero somos más sensatos. Un solo conflicto ideológico dominante ha dado paso a una multiplicidad de conflictos étnicos, de la estabilidad de un mundo bipolar a la confusión e inestabilidad de un mundo multipolar y, agregaría, que de múltiples civilizaciones, del horror potencial de la guerra global nuclear al horror cotidiano de la limpieza étnica. La palabra "genocidio" se ha

escuchado con mucha más frecuencia en los últimos cinco años que en cualquier otro lustro durante la guerra fría.

En este mundo de insensatez, es necesario que tengamos una visión más sensata de las perspectivas de democracia y que reconozcamos la posibilidad de que esta gran tercera ola de democratización que llevó la democracia a unos cuarenta países, puede estar perdiendo su dinámica extrínseca y cambiando de una fase de expansión a otra de consolidación.

Todos ustedes son sin duda conscientes de que entre los estudiosos de la democratización circula un importante debate sobre el tema de la habilidad *versus* las precondiciones. Algunos argumentan que el movimiento hacia la democracia depende de la existencia en el seno de la sociedad de precondiciones particulares sociales, económicas o culturales, aunque suelen diferir sobre cuáles son esas precondiciones. Una escuela de pensamiento diferente contempla la democratización, ante todo, como el producto de dirigentes políticos que poseen la voluntad y la habilidad para causarla. Pero es obvio que tanto las precondiciones como la habilidad tienen papeles que desempeñar y hay ciertas precondiciones que pueden facilitar el artificio democrático. Esas precondiciones son un nivel relativamente alto de desarrollo económico y el predominio de lo que podríamos denominar cultura y valores occidentales, incluido el cristianismo occidental. En la actualidad, virtualmente todos los países no petroleros de ingreso alto o de ingreso alto medio son, con la excepción de Singapur, democráticos. De modo similar, todos los países que son occidentales o que han sido influidos sustancialmente por Occidente, con la excepción de Cuba y quizás uno o dos más, se han vuelto democráticos. Los países que no se han democratizado son aquellos en los que las condiciones que propician la democratización son débiles. Esto no quiere decir que para la democratización se requieran esas condiciones. No es así: la India, que no es ni cristiana ni rica, es un ejemplo obvio que viene al caso. Sin embargo, casi todas las no democracias que quedan en el mundo son o bien pobres o bien no occidentales o ambas cosas a la vez. Su democratización no es imposible pero puede que sea más difícil. Además, muchas sociedades no occidentales están sufriendo penetrantes procesos de indigenización cultural y se resisten cada vez más a los intentos occidentales de exportar los valores y sus instituciones para buscar identidad y significado en sus propias tradiciones culturales.

El desarrollo económico puede alterar la cultura de un país y hacerlo más favorable a la democracia. Si esto es así, el desarrollo económico tendrá supuestamente este efecto en las sociedades islámicas, budistas, ortodoxas y confucianas. Pero aparte de Asia del Este, el desarrollo económico está rezagado en gran parte del mundo, y en aquella región el cambio cultural será seguramente un proceso prolongado. Transiciones recientes a la democracia han cumplido la función históricamente importante de extender la democracia a través de casi todos los países más ricos del mundo y de casi todos los países que poseen culturas ampliamente occidentales. Los esfuerzos por extender la democracia enfrentan además obstáculos económicos y/o culturales mucho más significativos que las democratizaciones de las dos últimas décadas.

La historia posee una dinámica dialéctica. Cualquier movimiento sustancial en una dirección tiende a perder eventualmente su impulso y a generar fuerzas contraproducentes. A cada una de las primeras olas de democratización siguió una ola inversa en la que algunas pero no todas las nuevas democracias revirtieron en autoritarismo. Hay indicios de que puede estar reuniéndose una nueva ola inversa que podría ocasionar la erosión de algunos de los beneficios de la tercera ola. Esto da de nuevo mayor importancia a la necesidad de reforzar y proteger esos beneficios. En algunos aspectos, la expansión

democrática vigente desde 1974 se puede concebir como una campaña militar, con un país tras otro liberados por las fuerzas democráticas en ebullición. Pero como cualquier general sabe, una ofensiva puede avanzar demasiado lejos y demasiado rápido. Las fuerzas llegan a sobreextenderse y se vuelven vulnerables al contrataque. Incluso en los avances más espectaculares, como el de los ejércitos aliados a través de Francia en 1944, se vuelve necesario hacer una pausa, reagruparse y consolidar las propias ganancias. Parece que la tercera ola de democratización puede haber llegado a este punto.

En los próximos años, sin duda, habrá más países que se moverán hacia la democracia, y tendrán lugar algunas transiciones democráticas. Las democracias establecidas deben seguir promoviendo su sistema político y los derechos humanos, allí donde estén ausentes, y apoyar a los opositores de regímenes autoritarios. El tema dominante no debería ser la creación de más democracias nuevas, sino la consolidación de las recientes, y completar las transiciones a la democracia que están en camino en muchos países, incluyendo algunos importantes, como Rusia, Ucrania, Sudáfrica y México. Esta conferencia, en consecuencia, no podría ser más oportuna y pertinente y felicito a sus organizadores por reunir a especialistas procedentes de tantos países para centrarse en torno a los problemas de la consolidación democrática.

Estos problemas incluyen problemas heredados de los regímenes autoritarios, pero también problemas peculiares de la democracia y la democratización. La democratización es la solución al problema de la tiranía, pero el proceso mismo de democratización también puede crear o exacerbar problemas que las nuevas democracias deben abordar. Voy a mencionar tres.

Primero, la iniciación de elecciones hace que los dirigentes políticos compitan por los votos. En muchas situaciones, la manera más fácil de obtener votos es apelar a bases electorales tribales, étnicas, nacionales y religiosas. La democratización promueve así el comunalismo y el conflicto étnico, y relativamente pocas democracias recientes han estructurado sus instituciones para minimizar los incentivos de apelar a esas bases. En un caso notable en el que sí se hizo, Sudáfrica, los dirigentes de los principales partidos que representaban a los grupos étnicos principales, llegaron a un acuerdo antes de las elecciones sobre cómo se dividirían los votos. El resultado fue una transición pacífica del gobierno blanco al negro pero no exactamente un ejemplar de democracia. En cambio, en la ex Unión Soviética y Yugoslavia las primeras elecciones llevaron a los partidos nacionalistas al poder asegurando así virtualmente la desintegración de esos países. De modo similar, en Bosnia los electores ignoran conspicuamente a los partidos multireligiosos: los serbios votaron por el partido serbio, los croatas por el partido croata y los musulmanes por el partido musulmán. La gente se identifica con la familia, la fe y la sangre, y a menos que las normas del compromiso electoral estén construidas con mucho cuidado, los políticos que compiten por el poder tienen poca opción salvo atraerse votos en términos de familia, fe y sangre. En sociedades no occidentales, la introducción de la democracia también crea lo que sólo se puede describir como la paradoja de la democracia.

Facilita la llegada al

poder de grupos que apelan a lealtades indígenas, étnicas y religiosas, y esos grupos es muy probable que sean antioccidentales y posiblemente antidemocráticos. Segundo, hay pruebas abrumadoras de que las democracias no libran guerras, salvo en escasas y marginales circunstancias, con otras democracias. Según un conteo, por ejemplo, de 353 guerras libradas desde 1819 (tomando como definición de la guerra la de un conflicto violento entre Estados en el que mueren por lo menos 1,000 personas), 155 fueron entre

democracias y no democracias, 198 entre no democracias y ninguna entre democracias. No obstante, en un estudio reciente, Edward Mansfield y Jack Snyder también ofrecen pruebas impresionantes que abarcan el mismo periodo de tiempo de que en la "fase de transición a la democratización, los países se vuelven más agresivos y propensos a la guerra, no menos... antiguos Estados autoritarios en los que la participación democrática está en ascenso es más posible que libren guerras que las democracias estables o las autocracias. Los Estados que dan el salto más grande, de la autocracia total a la democracia extensiva de masas —como la Rusia contemporánea—, es dos veces más probable que libren guerras en la década posterior a la democratización que los Estados que siguen siendo autocracias." Esta proclividad de las democracias en surgimiento a la guerra interestatal proviene en parte, como es lógico, de los mismos incentivos a hacer llamados comunales que también estimulan el conflicto étnico dentro de los Estados en democratización.

Tercero, la democratización implica la eliminación de las limitaciones estatales al comportamiento individual, un aflojamiento de las inhibiciones sociales, e incertidumbre y confusión respecto a los estándares de la moral. Al debilitar, como lo debe hacer, la autoridad del Estado, la democratización también pone en tela de juicio la autoridad en general y puede promover una atmósfera de amoralidad, *laissez faire*, todo se vale.

De ahí que, aparentemente, aunque la evidencia que he contemplado es esquemática y asistemática, la democratización tiende a implicar un aumento del comportamiento socialmente indeseable, incluidos delitos y uso de drogas, y posiblemente a alentar la desintegración de la familia y otros bastiones sociales de autoridad colectiva. Como ha sucedido en Taiwan, puede implicar incluso peleas a puñetazos en la legislatura.

Estos problemas de conflicto comunal, guerra externa y decadencia social, producidos en cierta medida por los procesos de democratización, se unen a los otros muchos problemas que las nuevas democracias han heredado de los regímenes autoritarios previos. Cuando hacen frente a estos problemas, las democracias de la tercera ola también enfrentan algunas amenazas características al mantenimiento de los elementos esenciales de la democracia liberal. Durante los años sesenta y setenta, las democracias de la segunda ola fueron amenazadas por fuerzas procedentes del exterior del sistema político. En muchos países, usualmente insurgencias marxista-leninistas, pero no siempre con una base rural, desafiaron a regímenes tanto democráticos como no democráticos. Intervenciones militares derrocaron regímenes democráticos en Grecia, Turquía, Corea del Sur, Pakistán y muchos países latinoamericanos. Estas amenazas reflejaban el carácter aún relativamente subdesarrollado de las economías de estas democracias de la segunda ola, que tenían poblaciones campesinas sustanciales que podían proporcionar una base para movimientos revolucionarios, mientras que la clase media y la burguesía eran pequeñas y débiles, de ahí que a menudo se sintieran amenazadas por movimientos populistas y de la clase baja, y de ahí que asintieran a las tomas militares de poder.

Muchas de las democracias de la tercera ola poseen niveles mucho más altos de desarrollo económico. En 1965, por ejemplo, América Latina era 70% rural y 70% analfabeta; hoy es 70% urbana y 70% alfabeta. Las amenazas a la democracia en las sociedades urbanas, alfabetas, clase media, industriales y más acomodadas, no provendrán de revoluciones campesinas, cuyos últimos restos en desaparición pueden verse en Chiapas, en el altiplano peruano y en Luzón central. Tampoco es probable que las intervenciones militares amenacen a esas sociedades. Los golpes con éxito han ocurrido sólo contra democracias sumamente pobres de la tercera ola, como en Sudán, Nigeria, Haití y muy recientemente Santo Tomé y Príncipe. Como lo he indicado en otra ocasión, es

incluso posible concebir un tope máximo de intento de golpe de unos 3,000 dólares *per capita* del PNB y un tope máximo de éxito de golpe de unos 1,000 dólares. En países con ingresos *per capita* entre 1,000 y 3,000 dólares, se intentan golpes con frecuencia pero rara vez tienen éxito; en países con ingresos *per capita* por encima de los 3,000 dólares rara vez se intentan golpes y casi nunca prosperan. Además, los golpes que se han intentado contra las democracias de la tercera ola han solido estar dirigidos por oficiales de grado superior, tenientes coroneles en particular, más que por comandantes en jefe. Los dirigentes militares máximos han aprendido en general que la intervención no es una solución a los problemas de su país y que crea graves conflictos a la cohesión de la institución militar.

Las amenazas a las democracias de la tercera ola proceden de los participantes en el proceso democrático y no de los no participantes, como generales y revolucionarios que no tienen más que desprecio por la democracia. Las amenazas provienen de los dirigentes y grupos políticos que ganaron las elecciones, tomaron el poder y después manipularon los mecanismos de la democracia para reducirla o destruirla. En el pasado, cuando caían regímenes democráticos a consecuencia de golpes o de revoluciones, no existía duda de lo que había pasado, y la transición era breve, clara y dramática. Con las democracias de la tercera ola, el problema no es el derrocamiento sino la erosión: el debilitamiento intermitente o gradual de la democracia por parte de los elegidos para dirigirla.

Estas amenazas adoptan diversas formas. Voy a mencionar algunas. Una, que yo no creo que sea grave pero que ha recibido mucha atención, es el "retorno rojo", que es la restauración al poder a través de elecciones, en Europa Central y del Este y la ex Unión Soviética, de antiguos comunistas y antiguos partidos comunistas. En realidad, aparte de la República checa, muchos de los dirigentes en todos esos países son antiguos comunistas. En algunos, los antiguos partidos comunistas con nombres nuevos han ganado mayorías en el parlamento. En otros, coaliciones dominadas por antiguos comunistas tienen el control del gobierno. En varios, los antiguos comunistas reconfigurados como nacionalistas han sido elegidos para cargos en el poder. Estos desarrollos han llevado a los observadores a expresar un profundo interés en el futuro de la democracia en esos países. Sin embargo, hasta ahora los ex comunistas y los ex partidos comunistas en general han jugado siguiendo las reglas democráticas y sus políticas económicas han variado desde la liberalización rigurosa hasta políticas sociales democráticas más blandas destinadas a aminorar las cargas de haberse separado de la economía de mando. Es pensable que el "retorno rojo" pueda en determinado momento debilitar la democracia, y hasta la fecha Eslovaquia es, en mi opinión, el único caso en que un gobierno dominado por ex comunistas ha sido eliminado del poder a través de elecciones y subsecuentemente ganó la reelección. Pero quizás, todo lo que signifique el "retorno rojo" es que las personas que tienen el talento político para llegar a la cumbre en los sistemas comunistas también tienen talento político para llegar a la cumbre en sistemas democráticos.

Una segunda amenaza potencial a las nuevas democracias proviene de la victoria electoral de partidos o movimientos aparentemente comprometidos con ideologías antidemocráticas. Esta posibilidad surge muy directamente con los grupos fundamentalistas islámicos y ha sido poco frecuente sólo porque en los países musulmanes han sido muy excepcionales las elecciones significativas. Sin embargo, el problema se presentó en Argelia, cuando los militares cancelaron la elección que el FIS estaba seguro de ganar. Es posible que el problema aparezca en Turquía donde el Partido del Bienestar ha ido aumentando en fuerza. ¿Justifica la posible victoria de esos partidos su suspensión de los procedimientos democráticos? Creo que la respuesta generalmente tiene que ser no.

Respecto a Argelia, por ejemplo, no está para nada claro que un movimiento fundamentalista que llega al poder a través de procesos electorales actuará necesariamente del mismo modo que otro que llega al poder a través de una revolución, como en Irán, o de un golpe como en Sudán. Además, hubiera habido grandes incentivos para el FIS de haber actuado de un modo razonable y moderado a fin de asegurar la ayuda y la inversión que necesitaba de Occidente. Por último, si un gobierno FIS se hubiera movido hacia una dirección extremista y hubiera comenzado a destruir la democracia, se hubiera tenido a mano la opción Pinochet. El ejército pudo haber intervenido del mismo modo que el chileno cuando el gobierno de Allende se desplazó contundentemente a la izquierda. Francia, Estados Unidos y Occidente en general prestaron un mal servicio al no prevenir la acción prioritaria por parte de los militares argelinos y no protestar enérgicamente por esta acción cuando ocurrió.

Una tercera y más grave amenaza a la democracia es la arrogación ejecutiva, que implica un jefe del ejecutivo electo que concentra el poder en sus propias manos y en diversos grados subordina o incluso suspende el legislativo y gobierna en buena medida por decreto. Esto ha sucedido en cierta medida con Yeltsin en Rusia, en Bielorusia y en algunos otros países ex comunistas. Ha sido también predominante en América Latina, donde se ha denominado a este proceso de varias maneras: "democracia autoritaria", "hombres fuertes limitados", "caudillos por consentimiento" y "democracia delegada". En Argentina y Venezuela los presidentes han gobernado en general por decreto. La semana pasada el presidente de Colombia, haciendo frente a acusaciones de corrupción masiva en relación con el narcotráfico, declaró estado de emergencia y anunció que gobernaría por decreto los próximos tres meses. En el caso más extremo, en Perú, el presidente Fujimori llevó a cabo un golpe ejecutivo a toda escala, clausurando la legislatura, los tribunales y los partidos políticos, encarcelando a políticos e intelectuales, censurando los medios de comunicación y reduciendo drásticamente los derechos humanos. No obstante, después usó su poder autoritario para interrumpir la influencia de Sendero Luminoso, restaurar la ley y el orden, estabilizar la moneda, promover la inversión externa, lograr la tasa más alta de crecimiento económico en América Latina y ganar una reelección abrumadora en lo que en general se consideró una elección limpia. En Argentina, de un modo algo similar, el presidente Menem ganó la reelección ampliamente en base a los resultados que logró mediante el uso de medios no democráticos. ¿Nos proporcionan estos ejercicios de poderes de emergencia y suspensiones de la democracia un medio de fortalecerla, capacitando a los gobiernos para alcanzar metas deseables que no se pueden alcanzar por procedimientos democráticos normales? ¿O la arrogación ejecutiva probablemente se alimenta a sí misma y se convierte en una adicción política de la que la sociedad será incapaz de escapar? Inmediatamente después del golpe de Fujimori, el secretario de Estado James Baker lo atacó públicamente diciendo: "No se puede salvar a la democracia destruyéndola". Pero tal vez Fujimori ha hecho precisamente esto.

Por último, muchos gobiernos en democracias nuevas no han vacilado en reducir los derechos políticos y las libertades civiles. La libertad de prensa se limita, la televisión y la radio están estrictamente controladas por el gobierno, se expulsa a los redactores, se imponen pautas. Los políticos de la oposición son acosados de maneras sutiles y no tan sutiles. Las demandas legítimas de las minorías étnicas se rechazan y esas minorías han sido sometidas a eliminación brutal en democracias como la India y Turquía, incluso en no democracias como Indonesia y China.

Parece existir una tendencia general a que las democracias de la tercera ola se conviertan

en algo que no es plenamente democrático. Por ejemplo, en su última encuesta comparativa sobre la libertad, el Foro de la Libertad identifica 114 países como democracias, más que en cualquier otra época de la historia. Pero también clasifica a 37, o una tercera parte de esas democracias, como sólo "parcialmente libres" debido a sus reducciones de las libertades políticas básicas y de los derechos humanos. De un modo algo similar, Larry Diamond, en su magistral análisis de la democracia latinoamericana en 1993, identifica cuatro países claramente democráticos, tres autoritarios o totalitarios y quince que se sitúan entremedio y que 61 clasifica como "democracia parcialmente liberal" o "semidemocracia competitiva" o "semidemocracia restrictiva" o "autoritarios semicompetitivos parcialmente pluralistas". Además, entre 1987 y 1993 el movimiento general de países latinoamericanos estaba en esas categorías intermedias, con 11 de los 22 países en proceso de volverse menos democráticos, 5 más democráticos y 6 sin cambiar su posición. En suma, en el *continuum* democrático-no democrático, parece que nos estamos desplazando hacia una curva clásica en forma de campana, con un número creciente de países en algún lugar a mitad entre Dinamarca y China. En términos más generales, tal vez podría decirse que como más y más diversas sociedades adoptan instituciones formales democráticas, la propia democracia se está volviendo más diferenciada. Existen diferencias significativas entre las versiones del capitalismo anglo-norteamericano, alemán y japonés; tal vez surjan diferencias comparables entre las versiones occidental, latinoamericana, asiática oriental, ortodoxa y africana de la democracia.

La democracia, como todos sabemos desde Winston Churchill, es la peor forma de gobierno, a excepción de todas las demás. ¿Qué sucede no obstante si no hay otras? Esta es en efecto la situación en las democracias ricas e industrializadas del mundo. Sin embargo, en estos países la gente se ha enajenado de la política y del discurso público, se ha vuelto profundamente cínica sobre sus dirigentes políticos, cada vez menos involucrada en organizaciones políticas y otras organizaciones sociales y, con cada vez menos confianza en otras personas. Estas actitudes quizás reflejen la ausencia de un sistema político alternativo o de una ideología que compita con la democracia. Si la opción es el "peor sistema" de gobierno o ningún sistema de gobierno, la gente tal vez prefiera lo segundo.

¿Es ésta sin embargo la situación respecto a las nuevas democracias de la tercera ola? ¿Tienen éstas alternativas a la democracia? A un nivel, no existe ninguna porque a lo largo de la mayor parte del mundo es necesario dar acatamiento a las ideas y procedimientos de la democracia; la legitimidad de un gobierno depende de en qué medida puede reclamar plausiblemente que representa la voluntad del pueblo. Sin embargo, éste no es el caso universal y en el mundo poscomunista se han expuesto por lo menos dos alternativas a la democracia. Una es la islámica, un sistema político basado en el Corán y el *shar'ia*, que funde política y religión en la *ummah* o comunidad de los fieles. Las instituciones políticas de un sistema islámico, no obstante, siguen siendo no claras y variadas y van desde la monarquía absoluta de Arabia Saudita hasta la semidemocracia, circunscrita y definida religiosamente, de Irán. Además, ninguna sociedad organizada explícitamente en términos del Islam ha alcanzado el éxito económico o el orden político que le conferiría un atractivo más general, y la alternativa islámica hasta ahora ha tenido un atractivo relativamente pequeño incluso para los musulmanes.

Una segunda alternativa mucho más significativa es la de los logros económicos notables de Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur con sistemas de gobierno no democráticos, un récord de crecimiento económico que en la actualidad ha sido duplicado en cierta medida por Malasia, Tailandia, Indonesia y, el caso más importante, China

continental. Excepto por otra sociedad del Este asiático, Japón, ningún país democrático ha sostenido por un periodo de tiempo tan largo el ocho por ciento o más en tasas de crecimiento que esos países han alcanzado bajo gobiernos autoritarios. Este logro necesariamente tiene un tremendo atractivo en otras partes, especialmente entre las ex repúblicas soviéticas. Este récord está también reforzado por argumentos teóricos, primero articulados en la teoría del "nuevo autoritarismo" desarrollada en China continental a fines de los años ochenta. Esta teoría proporcionaba un sustituto teórico al marxismo-leninismo que justificaría el abandono del totalitarismo, el movimiento hacia una economía de mercado y el mantenimiento de un sistema político autoritario no democrático. Más recientemente, argumentos similares han sido enunciados por el ministro Lee Kuan Yew y otros estudiosos y funcionarios de Singapur. En realidad, los últimos años han sido testigo de lo que podría denominarse una "ofensiva cultural de Singapur". Ellos argumentan que existen diferencias fundamentales entre los valores asiáticos de comunidad, orden, disciplina y respeto por la autoridad, y los valores occidentales de libertad, libertinaje, individualismo y falta de respeto a la autoridad. Los segundos, dicen Lee y sus asociados, han llevado a la decadencia social y a la desintegración moral de las sociedades occidentales, y para impedir desarrollos similares en sus propias sociedades, se deben resistir las presiones occidentales en favor de los derechos humanos y la democracia. Lo que la gente quiere y necesita, argumentan, no es gobierno democrático sino buen gobierno; es decir, gobierno que proporcione bienestar económico, estabilidad política, orden social, armonía comunitaria y administración eficiente y honrada.

El contraste entre este modelo y el democrático se suele exponer en términos del contraste entre Singapur y Taiwan, un contraste que es real aunque también con frecuencia exagerado, como en el reciente titular del *New York Times* que lo resumía como la diferencia entre "limpio y mezquino", por una parte, y "sucio y libre" por otra. Pero como en este artículo también se señalaba, Taiwan y Singapur son las dos sociedades chinas más exitosas en los 5,000 años de historia de civilización china, y es probable que la una o la otra sea el modelo para el futuro de China continental. Algunos gobiernos autoritarios, Singapur entre ellos, han sido notablemente exitosos en producir prosperidad económica, orden social y bienestar general. Sin embargo, otros gobiernos autoritarios han sido desastres totales, produciendo la catástrofe económica, violencia doméstica, corrupción y desigualdades sociales. Los gobiernos autoritarios sufren de dos debilidades esenciales profundas. Primero, carecen de mecanismos de retroalimentación y en consecuencia tienden a ignorar los desastres que surgen. Como lo señala Amartya Sen, un país democrático como la India tal vez no alcance las mismas tasas altas de crecimiento que un país no democrático como China, pero tampoco sufre de hambrunas como China. Los políticos interesados en la reelección no dejarán que sus pueblos mueran de hambre. Segundo, el argumento de que el gobierno autoritario produce buen gobierno parte del supuesto de que los gobernantes autoritarios son buena gente. Sin embargo, no hay ninguna certeza de que éste sea el caso e incluso los gobernantes que inicialmente aspiran a ser buenos y a hacer el bien pueden acabar corrompidos por las tentaciones de poder. En suma, el autoritarismo se basa en supuestos irrealistas sobre la naturaleza humana.

Los habitantes de Singapur se jactan legítimamente de la falta de corrupción en su sistema político, y Lee Kuan Yew ha proporcionado el ejemplo y la disciplina necesarios para lograrlo. Pero el gobierno autoritario puede proporcionar buen gobierno por una década, o toda una vida, o tal vez hasta una generación, pero no puede proporcionar buen gobierno durante un periodo sostenido de tiempo, y a lo largo de la historia nunca lo ha



hecho. Carece de las instituciones para la autoreforma: debate público, prensa libre, movimientos de protesta, partidos políticos de oposición, elecciones competitivas. En cambio, la democracia se basa en una visión mucho más realista y compleja de la naturaleza humana y en el reconocimiento, como dijo James Madison, de que "hay que hacer que la ambición contrarreste a la ambición." Tal vez sea en el famoso comentario de Reinhold Niebuhr donde se establezca mejor la base para la democracia: "La capacidad del hombre para la justicia hace posible la democracia; pero la inclinación del hombre a la injusticia hace la democracia necesaria". La libertad y creatividad que el presidente Lee ha introducido en Taiwan le sobrevivirán. La honestidad y eficacia que el ministro Lee ha aportado a Singapur es probable que le sigan hasta la tumba. En algunas circunstancias, al autoritarismo puede irle bien a corto plazo, pero la experiencia muestra claramente que sólo la democracia produce un buen gobierno de largo recorrido.

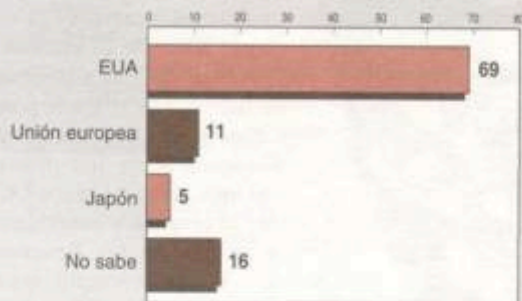
Traducción: Isabel Vericat

Documento presentado en la Conferencia Internacional sobre la Consolidación de las Democracias de la Tercera OIa en Taipei, el 27 de agosto de 1995. Agradecemos al International Forum for Democratic Studies of the National Endowment for Democracy Washington DC y al Institute for National Policy Research de Taiwan, por su autorización para publicarlo. Nuestra especial gratitud para el profesor Huntington, Director del John M. Olin Institute de la Universidad de Harvard.

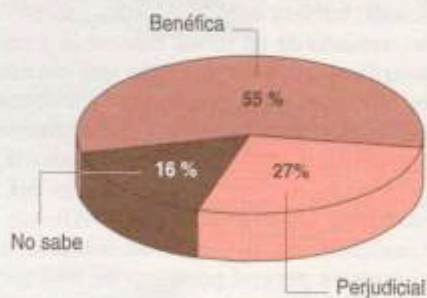
*Los mexicanos ante la influencia económica externa*

## LOS MEXICANOS ANTE LA INFLUENCIA ECONOMICA EXTERNA

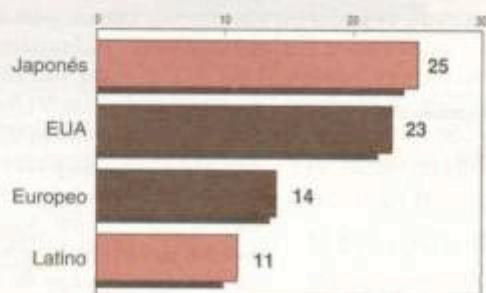
¿Quién está dando más ayuda económica al desarrollo de México? ¿Diría que es la Unión Europea, Estados Unidos o Japón?



¿Considera ud. que la inversión extranjera, es benéfica o perjudicial para el desarrollo económico?



Si ud. tuviera que elegir a un inversionista extranjero, ¿a quién elegiría?



Fuente: Latinobarómetro México 1995

### Vitrina Metodológica

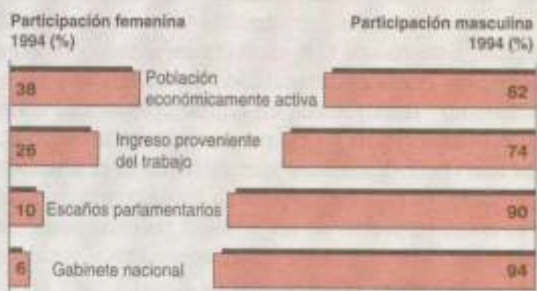
**Fecha de levantamiento:** 19-30 de mayo de 1995; **Patrocinador:** Unión Europea; **Responsable de la investigación:** MORI de México; **Tipo de entrevista:** personal en domicilio; **Población entrevistada:** 61 localidades a nivel nacional; **Tamaño de la muestra:** 1204 entrevistas; **Método de muestreo:** aleatorio por conglomerados; **Margen de error:** total  $\pm 2.6\%$ ; **Confiabilidad estadística:** 95%

**MORI**  
DE MEXICO

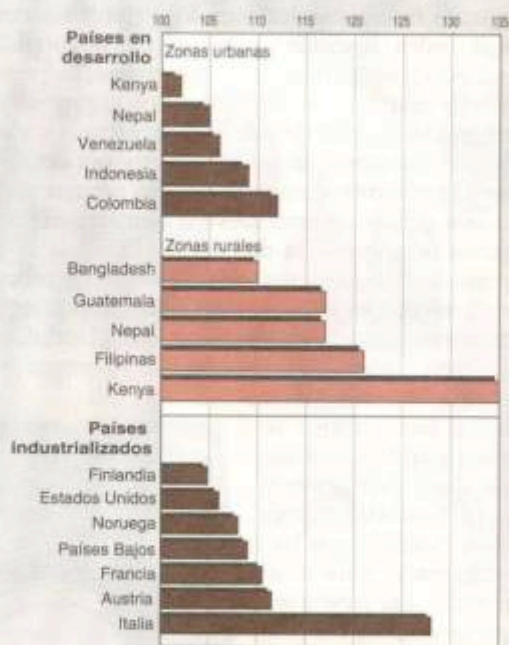
*Mujer: La competencia desigual*

## MUJER: LA COMPETENCIA DESIGUAL

### Participación de hombres y mujeres en...



### Tiempo de trabajo de la mujer (Tiempo de trabajo del hombre=100)



Fuente: Informe sobre el Desarrollo Humano, 1995

### Proporción de mujeres y hombres en puestos administrativos y directivos por regiones, 1980 y 1990 (Número de mujeres por cada 100 hombres)

Región	1980	1990
Africa	10	18
Asia y el Pacífico	9	10
Europa oriental	30	66
América Latina y Caribe	24	34
Europa occidental y otros países	23	41
Todo el mundo	19	34

Fuente: División para el Adelanto de la Mujer, de la Secretaría de las Naciones Unidas, a partir de datos contenidos en la Base de Datos sobre Indicadores y Estadísticas sobre la Mujer (WISTAT), versión 3, 1994.

Datos proporcionados por el Centro de Información de Naciones Unidas en México

